

Asesorías para matriculados

Asesoría jurídico-previsional:

Dr. José Pereira

Miércoles de 17.00 a 19.00

Viernes de 15.00 a 17.00

Sede Callao.

asesorialetrada@traductores.org.ar

Asesoría contable:

Dra. Liliana Etchetto

Lunes de 17.00 a 19.00

Jueves de 13.00 a 15.00

Sede Callao.

asesoriacontable@traductores.org.ar

Los conceptos y opiniones expresados por los asesores externos no comprometen la opinión del CTPCBA.

Horarios del Colegio

SEDE CORRIENTES

Legalizaciones

Lunes a viernes de 9.00 a 18.00.

Pago de la cuota anual

Lunes a viernes de 9.00 a 19.00.

A partir de las 18.00, sólo para matriculados.

Matrículas y credenciales

Lunes a viernes de 9.00 a 18.00.

Atención al matriculado

Lunes a viernes de 9.00 a 18.00.

Inscripción a cursos

Lunes a viernes de 9.00 a 19.00.

A partir de las 18.00, sólo para matriculados.

Sala de matriculados

Lunes a viernes de 9.00 a 18.00.

Biblioteca

Lunes a viernes de 9.00 a 19.00.

A partir de las 17.00, sólo para matriculados.

Relaciones institucionales

Lunes a viernes de 9.00 a 18.00.

SEDE CALLAO

Cursos y Comisiones

Lunes a viernes de 9.00 a 18.00.

Un lugar en el mundo, 37 años después

El mundo continúa siendo presa del torbellino de transformaciones y cambios permanentes y ya no queda tiempo ni para el desconcierto ni para la duda y, menos aún, para la improvisación.

Nos rigen las leyes del mercado. De hecho, ingresar al mundo global no es una decisión, sino una necesidad impuesta por el mismo mercado. La tan mentada globalización, que primero asomó como la punta de un iceberg en el plano económico, no tardó en estar presente en la vida social, política, científico-técnica y cultural de las sociedades.

Mientras se sigue debatiendo la homogeneidad cultural o las fronteras, el traductor permanece siendo el guardián artesano que dibuja puentes entre distintas y remotas culturas. Sus palabras, ésas que unen y comunican, seguirán contribuyendo al acercamiento, y confirmarán la existencia de una lengua de partida y otra de llegada. El Colegio acompaña fielmente esa noble tarea y la lucha diaria por la dignidad y el reconocimiento.

Ya es tiempo de enfrentar a la sociedad con nuevas premisas. El viejo lamento del “desconocimiento social” de nuestra querida profesión debe quedar en el pasado y debemos autoconvocarnos para poder, desde cada uno de nosotros, hacer un reconocimiento sincero del grado de compromiso al que apostamos en cada labor profesional o en la defensa de cada eslabón transitado.

No negamos que nuestra profesión debe enfrentarse permanentemente con el lugar social adquirido en forma innegable por otros profesionales “culturalmente incorporados”. Pero tampoco es menos cierto que tenemos que hacer docencia. Primero hacia adentro, con nosotros mismos, y luego con nuestros colegas, presentes y futuros, para que nuestra dignidad profesional deje de ser invocada y se instale, reconocida e insoslayable.

Preservar la identidad cultural es asegurarnos un lugar en el mundo que sabemos que tenemos, pues mientras existan seres humanos hará falta comunicarse. Preservar la identidad de objetivos es consolidar nuestro definitivo espacio, que sabemos que hemos adquirido pero que quizás aún no hemos aprendido a defender con suficiente energía.

La traducción es, tal vez, uno de los oficios más antiguos que la historia de la humanidad registra. Desde el momento preciso en que el ser humano advirtió que existían culturas distintas a la propia, el interés por la comunicación y el intercambio económico y cultural siempre han sido los puntos de partida para la expansión, el progreso y el desarrollo.

Sin duda, la colonización de nuestro continente no habría sido posible sin la ayuda de los traductores, quienes cumplieron un papel central en este proceso de fusión, no solamente para imponer sus lenguas, sino también para entender las otras y aprender de ellas. Por esto, es imposible no detenerse a pensar en aquellos que intervinieron en la integración de los pueblos que dieron origen a lo que hoy conocemos como Latinoamérica. Y si bien es inevitable pensar que una cultura dominante indefectiblemente se impone sobre una más débil, también es acertado advertir que algo de lo que había originariamente siempre permanece y eso es, ni más ni menos, lo que permite el nacimiento de una nueva identidad.

Siglos han pasado desde esa época en que el oficio de traducir era considerado un arte solitario que se practicaba en ámbitos selectos, a la luz de una vela tenue y con rigurosa dedicación y sacrificio. El correr del tiempo ha hecho que parezca insensato establecer comparación alguna entre aquellos años y la época moderna y, en algún punto, esto es así.

Los tiempos han cambiado radical y vertiginosamente. La sofisticación de los medios de comunicación y las tecnologías de avanzada han permitido que el mundo haya dejado de ser ese globo inabarcable para convertirse en una esfera cuyos misterios están más al alcance de la mano que cualquier libro de nuestra biblioteca. El flujo comunicacional es ahora un mar inagotable de datos que se crean, se reciclan y no desaparecen, sino que quedan flotando en el espacio virtual para quien quiera echar mano de ellos. Así, el mundo moderno termina siendo un gran cúmulo de información que fluye de un punto a otro en cuestión de segundos y que, poco a poco y en forma casi imperceptible, va ejerciendo ese poder de fusión entre culturas.

Sin embargo, los griegos creían que las ideas y la esencia de todo lo que el ser humano conoce son inmutables. Es verdad, las herramientas que se utilizan para comunicar, la tecnocultura, los mercados mundiales y las realidades sociopolíticas han cambiado el mundo y las reglas del juego, pero los que participan de él y la esencia de nuestra profesión siguen siendo los mismos. La tecnología y la automatización no han podido reemplazar al ser humano, al artífice de ese proceso integrador que ocurre en el momento mágico cuando la palabra se desintegra y un segundo más tarde adopta un nuevo cuerpo para transmitir la misma idea.

Dice la filosofía que vemos la causa y el efecto pero que no vemos la relación que existe entre ambos. Con nuestro oficio ocurre algo similar. La naturaleza de nuestra profesión nos dicta que, paradójicamente, somos mejores mientras más inadvertidos pasamos, y todos, en algún momento, tenemos la sospecha de que somos agentes encubiertos cuya labor consiste justamente en esforzarnos con sigilo para eliminar todo el rastro que nuestro trabajo ha dejado impreso. En ese punto etéreo de inflexión nos ubicamos nosotros, los traductores.

Por ello, a veces, creemos erróneamente que nuestra labor diaria es sólo eso, un trabajo, un compromiso fugaz que se diluye y que nadie recordará al cabo de un tiempo, cuando en realidad deberíamos ser conscientes de que somos parte de un proceso mucho mayor, de que somos un eslabón de ese engranaje gigantesco que moviliza al mundo, que día a día colabora con la integración, con el cambio y con la apertura social y cultural, que acorta diferencias y que nos permite conocer otras realidades. Porque no hay nada máspreciado que el conocimiento y la sabiduría, y resulta que los traductores somos los encargados de transmitir todo eso que tiene tanto valor. He aquí la enorme responsabilidad que hemos de asumir en todo momento.

Y en esto andamos a diario los traductores, esclavos de los tiempos, pero apasionados por las palabras, en la difícil tarea de elegir las para recrear grandes ideas, en un vaivén integrador de identidades, entre la lengua popular y los saberes técnicos, siempre aguzando algún sentido para buscar esa perfección que, como una causa perdida, nunca alcanzamos, pero que siempre constituye un desafío intelectual al que nunca nos negamos.

No es poca cosa lo que nos toca, y desde luego que no es una labor sencilla, pero algo está claro: todos y cada uno de los que dedicamos nuestra vida a esta profesión tenemos un denominador común, que es nuestro idioma, porque una lengua es una cultura, una cosmovisión y una manera de ver y entender el mundo, que nos une y nos hace defender valores y principios en común. Por eso, al comienzo del día, debemos abordar nuestra tarea con renovada curiosidad, que es lo que nos hace únicos e imprescindibles para la evolución humana, y debemos sentirnos orgullosos de poder decir que, cada uno con su pequeño grano de arena, aunque producto de un gran esfuerzo, hemos sido heraldos de buenas noticias y hemos contribuido a mejorar el lugar en donde vivimos, poniendo en práctica todo nuestro conocimiento en beneficio de la comunicación, el intercambio cultural y la integración entre los pueblos.

Con estas reflexiones y este espíritu nos preparamos para festejar el Día del Traductor Público, el próximo 1 de abril, para recordar con respeto y admiración el aniversario número 37 de nuestro Colegio y para disfrutar la antesala del V Congreso Latinoamericano de Traducción e Interpretación, todo lo cual nos hará vivir un microclima de camaradería, profesionalismo y toma de conciencia sostenida y enriquecedora.

¡Felicidades colegas!

El Consejo Directivo